



Hombres, mujeres y muxe' en el Istmo de Tehuantepec*

RESEÑADO POR SUSANA GARCÍA SALORD**

El libro *Hombre, mujer y muxe' en el Istmo de Tehuantepec* de Marinella Miano Borruso presenta los resultados del estudio que esta antropóloga napolitana –tana tana– realizó acerca de los habitantes de Juchitán, es decir, de los integrantes *tecos tecos* de la cultura zapoteca. Al plantear lo anterior, no es mi intención iniciar con un juego de palabras o con un truco retórico elemental para amenizar la presentación, sino que quiero empezar por señalar una de las claves que, a mi juicio, facilitó o permitió que de la indagación propuesta resultara un excelente trabajo. Las curiosas coincidencias entre la historia cultural de la antropóloga y la de los juchitecos fueron la llave de acceso al código nativo de la conversación, la convivencia cotidiana y la fiesta, y parecen ser no sólo tres elementos básicos del mundo juchiteco sino también el principio de inclusión del fuereño.

Sin embargo, hace falta decir también que si estas coincidencias –tal y como dice la autora– no hubieran sido objeto de un paciente, y a veces doloroso, trabajo de objetivación, Marinella no hubiera

podido resolver satisfactoriamente el *impasse* entre etnocentrismo y anulación de un “sí mismo cultural”. Para mí, una de las cosas más importantes que el lector encuentra en este libro es justamente la narración de ese trabajo de objetivación en acto, que revela la construcción teórico-empírica como *modus operandi*, lejos de abstracciones teóricas y metodológicas y de confesiones personales posmodernas. La trama del texto es un relato donde Marinella cuenta cómo fue respondiendo las preguntas que dieron origen a su investigación y narra el diálogo permanente y festivo que sostuvo con los juchitecos y con Juchitán.

Para escribir los resultados, la autora adopta una costumbre juchiteca: mostrar Juchitán, sus costumbres y, sobre todo, sus fiestas al fuereño. Marinella toma al lector como un forastero y en las 230 páginas del libro le hace una visita guiada a una cultura cuyas peculiaridades causan gran curiosidad entre los investigadores y aparecen como enigma que reta a ser resuelto. La visita será entonces un recorrido por dos aparentes contradic-

ciones que la autora tuvo que desentrañar a lo largo de su trabajo. Una es la gran autonomía que tienen las mujeres respecto del hombre –manifestada en una fuerte autovaloración y en una autoridad social y familiar atípica frente al modelo nacional– y “las situaciones de subordinación a las que están sujetas en otras esferas como, por ejemplo, su cuerpo y su sexualidad”. La otra contradicción aparente es la institucionalización de la homosexualidad, objetivada en la presencia de los *muxe'*: “un alma femenina nacida en cuerpo de varón” que se instaure como “una figura natural y normal dentro de la composición genérica y valorada socialmente”, aunque esta aceptación se contraponga a la censura de la homosexualidad femenina.

Para iniciar el viaje, Marinella plantea por dónde nos va llevar. En pocas páginas se deslinda de la mirada de los estudios de género y especialmente de la óptica feminista. Ella no va a derivar, inferir o afirmar la identidad de hombres, mujeres y *muxe'* en el Istmo de Tehuantepec desde conceptos considerados como universales culturales, como matriarcado, matrifocalidad o la transmisión matrilineal, sino que por el contrario, los va a reconstruir como una red de relaciones operantes en la vida. De este modo, prefiere hablar de hombres y de mujeres tomando en cuenta no solamente los orígenes socioculturales sino también los procesos de cambio en su ciclo vital, y se propone leer el sistema de organización genérica atendiendo sobre todo los roles y relaciones de poder entre hombres, mujeres y *muxe'* en contextos de interacción específicos. En esta composición analítica, hay dos puntos

* Marinella Miano Borruso, *Hombres, mujeres y muxe' en el Istmo de Tehuantepec*, Conaculta/INAH-Plaza y Valdés, México, 2003.

** Investigadora asociada del Instituto de Investigaciones en Matemáticas Aplicadas y en Sistemas, Departamento de Modelación Matemática en Sistemas Sociales de la UNAM y profesora del Programa de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

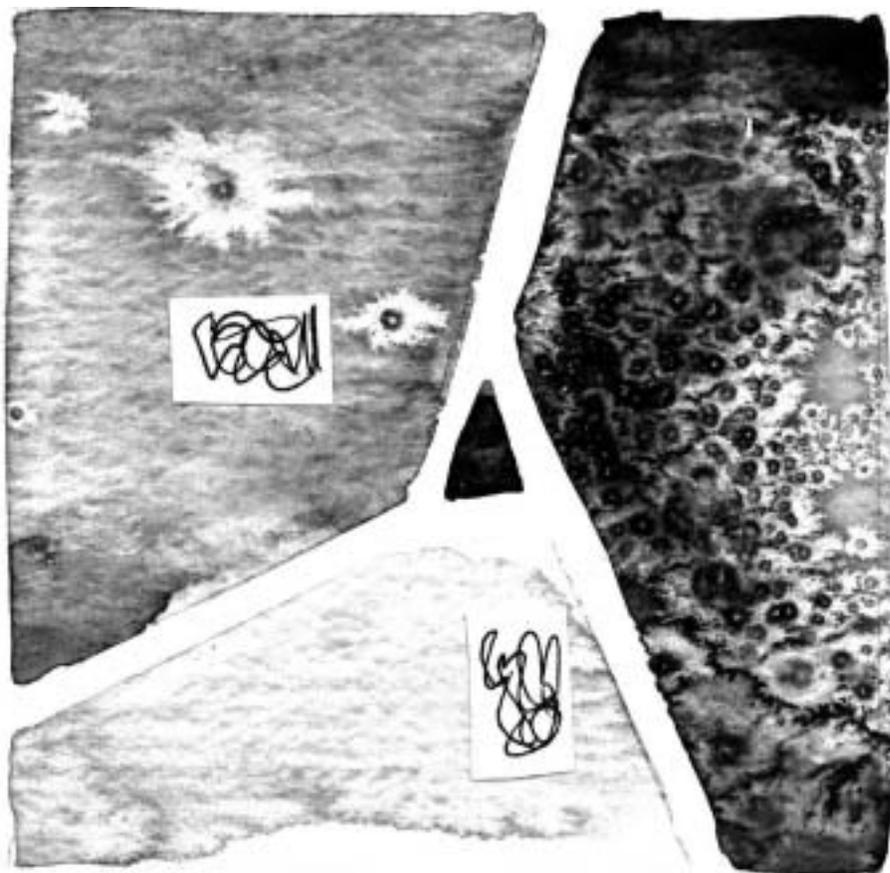
de observación que se privilegian y sobre los cuales la autora hilvanará todo el relato de este viaje por las identidades: uno es el de las diferentes formas de codificación de los espacios físicos y sociales, es decir, los múltiples y complejos ámbitos de acción de los géneros; y el otro es el de las generaciones en la doble construcción que este referente permite. Aquí Marinella articula fluidamente la construcción antropológica tradicional, dada en la línea de sucesión de la familia trigeneracional, establecida por la filiación (abuelos, padres, hijos) y por las alianzas (suegros, yernos, nueras, cuñados), y en la identificación de diferentes generaciones sociales que, aunque cohabiten en el mismo espacio, son portadores de tiempos distintos (edades, épocas y coyunturas).

La visita guiada se inicia con el relato de dónde está ubicado geográficamente el istmo, quiénes eran, cómo y de qué vivían los que lo habitaron, antes y después de la llegada de los españoles. Desde el primer apartado "Territorio, vida y personas entre tradición y modernidad" empezamos a conocer que el espíritu guerrero y rebelde de los zapotecos, así como su resistencia a toda clasificación no generada según su propio código vienen desde siempre: en principio ellos no se adscriben a las categorías de indios y mestizos. La autora nos advierte que no ha profundizado en el estudio histórico de lo que está indagando. Y eso es una verdad a medias, porque la dimensión temporal está siempre presente en la narración. Ciertamente, Marinella no hace la reconstrucción histórica convencional, basada más que nada en la reconstrucción de una secuencia cronológica de acontecimientos y en la identificación de la historia con un pasado. La narración tampoco se sostiene en el relato sincrónico o en el diacrónico. Ella utiliza

lo que desde el psicoanálisis se llama heterocronía, es decir, la presencia activa y simultánea de tiempos fragmentados y diferentes. Se trata de que en cada aquí y ahora están activos el pasado, el presente y el porvenir. La virtud del texto que nos ocupa es justamente haber desentrañado, en una descripción densa, cómo, dónde y cuándo estos tiempos están conviviendo. En cada apartado del texto estos tres tiempos aparecen permanentemente: en la recurrente apelación a *la costumbre* por parte de todas las generaciones que tienen su palabra en la narración aparecen esos tiempos sin tiempo, lo acrónico de lo que no se puede hablar más que con lo que todos repiten, casi con las mismas palabras, porque sólo los ha registrado el cuerpo y el alma en virtud de que todavía no existía la memoria. Y digo alma para nombrar de alguna manera ese lugar que to-

dos saben que existe, pero que nadie puede decir dónde está porque se trata del *cuerpo socializado*. Para este tiempo no hay un vestigio al cual estudiar, como el que tiene el arqueólogo. Sólo persisten los mitos fundadores, pero hasta ahora, como queda claro en el texto, parece que rondar los mitos buscando en ellos explicaciones, sólo conduce a tergiversarlos, o a confundirlos con "el discurso estereotipado de exaltación de la cultura" que llega a reemplazarlo, tal y como nos demuestra la autora, sobre todo cuando reconstruye el hacer de los intelectuales.

En los sueños y expectativas de las mujeres jóvenes, de las jefas de la casa, de las viudas, de las locas se representa un porvenir que se fabrica sobre las costumbres, como si se resistiera neciamente a lo que todos saben, es decir, que las cosas vienen cambiando mucho en Juchitán a partir de los años cin-



cuenta y más vertiginosamente aún en la última década. Y mientras tanto en la actualidad, hombres, mujeres y muxe' incorporan lo que está de moda en el canal de las estrellas o lo que es más práctico y rentable en la oferta de la modernidad: cambian la enramada por el toldo, el mezcal por la cerveza, etcétera. Como dice la autora: “lo nuevo y lo viejo se sobreponen y conviven ya que tiempos, espacios y funciones están definidos... No hay sincretismo, ni hibridaciones, se modernizan pero subsisten”. En síntesis, hay en el texto un trabajo de la temporalidad mas no de la reconstrucción histórica convencional. El texto se articula desde un presente, que como ya lo advirtió Geertz es el mundo de “la espantosa complejidad”.

La visita guiada por los cuatro apartados que componen el libro resulta ser entonces un viaje por la espantosa complejidad. En el apartado “Mujeres y hombres de Xabizande”, la mujer es la niña que adquiere ese distintivo a los tres años, la adolescente que aprende el oficio del mercado y anda noviendo en las fiestas, la novia observada con atención por todos para constatar si es virgen, la joven esposa subordinada a la suegra, la jefa de la casa que trabaja en el oficio del comercio, portadora de la cultura y encargada de reproducirla, que respeta a su marido aunque la maltrate, y que una vez cumplida su misión se separa del marido si se quiere separar, es también la mujer que toma, se ríe, se engalana y baila con otras mujeres, es la viuda que si cumplió bien con el código comunitario de la reciprocidad, no llegará sola al final de sus días. Este caleidoscopio se hace más complejo cuando la autora cuestiona la convención académica existente en los supuestos de la centralidad de la madre y de las relaciones igualitarias entre mujeres y hombres. La reconstruc-

ción realizada permite demostrar que no todas las madres son centrales y dar cuenta a la vez de los espacios de relación donde la mujer es y se subordina. En este tramo del recorrido, la autora nos advierte que queda abierta una línea de indagación que permita trabajar cabalmente el supuesto metodológico propuesto acerca de que la identidad de género debe estudiarse “como un sistema social identitario en el que intervienen dos o más actores sociales que reclaman y definen su propia identidad con relación a otros”. La antropóloga explica que, por cuestiones de género, tuvo problemas para acceder a la vida de los hombres, por lo tanto el desarrollo del ciclo de vida de estos actores “ha quedado muy sesgado por una óptica femenina”.

La visita continúa explorando ahora el carácter “fiestero” de los zapotecos. Hemos llegado al apartado “La festivización de lo cotidiano”. Aquí la antropóloga nos advierte que si se parte de la pregunta ¿cuál fiesta?, el recorrido iría a un callejón sin salida. En Juchitán hay un montón de fiestas: personales para festejar todos y cada uno de los “momentos significativos del ciclo vital”, y comunitarias para celebrar otros momentos –civiles o religiosos– significativos para todos o para algunos grupos. Entonces ¿todo es fiesta? Sí y no. La antropóloga nos lleva a *las fiestas* y, reconstruyendo la estructura de *la fiesta*, propone dos caminos para abordar lo fiestero. Uno es mirar a las primeras como sistema festivo: “un microcosmos que refleja en su interior la multiplicidad y complejidad de los roles, las identidades, las relaciones” que constituye un elemento central “del sistema de socialización comunitario en su dimensión integrativa e identitaria”; y otro es pensar la fiesta como “festivización” de lo cotidiano, asunto que quizás al fuereño le cuesta entender porque está acos-

tumbrado a dividir el tiempo del descanso y el tiempo del trabajo, el de la producción y el del consumo, a recortar en sí misma la dimensión lúdica de la existencia. En la cultura zapoteca parece ser que no existe este pensamiento dicotómico sino que “hay una lógica donde impera el pensamiento relacional, que se asienta en la complementariedad no excluyente”, así lo cotidiano comprende y contiene “naturalmente” la diversión y el trabajo.

Si esta clave no se entiende a esta altura del viaje –en donde es posible que el lector, por efecto de la fuerza de la narración, se encuentre ya agotado de tanta preparación, sonidos, colores, sabores y pensando que ha bebido demasiado– la próxima estación lo dejará aún más cuestionado. Se trata del apartado “Gays tras bambalinas. Historia de belleza, pasiones e identidades”. Quiénes son los muxe' era una incógnita que Marinella despeja yendo al encuentro del presente del “alma femenina nacida en cuerpo de varón”. Aquí, el mundo muxe' de Juchitán está poblado por numerosos personajes: “locas”, “perrras”, “reinas”, “vestida”, “travestidos”, “pintada”, “mayates”, “chichifos”, “bugas”, “machos”, “machines” “gay tapado”, “mampos” y otros más. Paso seguido a este momento de poner orden, la antropóloga lo desarma al advertir también que esta clasificación no da cuenta de la cuestión, porque –para desventura de quienes usan la clasificación para aminorar la incertidumbre que provocan las realidades complejas y heterodoxas– resulta ser que cada una de las identidades así nombradas son cambiantes e instrumentales: “se modifica y multiplica según el interlocutor, el momento, el contexto y el juego de las imágenes identitarias que se establece entre los individuos y los grupos”. La institucionalización de la homosexualidad se indaga así

con tramos analíticos en los que se usan como sinónimos muxe' y gay, y con tramos etnográficos que reflejan sin tregua la ambigüedad de la terminología, dejando a la fantasía del lector la elección de cada connotación. Este apartado logra despejar el enigma de la identidad al sostener a lo largo del texto lo que tiene de movable y ambigua: "es un estado constante de *performance* de género".

Estamos al final de la visita y el lector puede estar desconcertado, tratando de asimilar que los *tecos tecos* no se desconciertan frente a la ambigüedad, por el contrario la nombran, la clasifican, la institucionalizan y así la legitiman. La peculiaridad de la cultura *teca teca*, como caso particular de lo posible, parece radicar en la forma en que resuelven la indeterminación, es decir, esa aparente ambigüedad subyacente a la naturaleza y a la vida social. Como todo mundo desde que existe memoria, los *tecos tecos* también generan orden clasificando, pero en ese orden incorpo-

ran lo que Marinella llama las zonas de sombra: ellos le dieron nombre y lugar al muxe', por lo tanto durante mucho tiempo el llamado clóset no tuvo razón de existir. Sin embargo, la capacidad de nombrar sin crear estigma y discriminación no debe remitirnos erróneamente a concebir a la sociedad zapoteca como el "paraíso de las locas". Con base en la etnografía lograda, la autora deja claro la significación: "el sistema de género zapoteco se organiza con base en una división social del trabajo que no privilegia el hecho biológico como fundamento para la construcción de género" y el muxe' es posible como correspondencia al poder de las mujeres y en función del potenciamiento de la etnicidad. Este no es el mundo de la armonía: tener poder no significa estar exento de la subordinación y tener un lugar no elimina la ambigüedad de ser "algo poco claro de la naturaleza". Más aún el poder y el lugar no están dados de una vez y para siempre, por el contrario, el devenir de este sistema tiene un

gran dinamismo y una gran complejidad: el muxe' como lugar antropológico –hija destinada a la soltería y al cuidado de los padres y cuyo desarrollo es en el mundo de las mujeres– se está reconvirtiendo en gay, se están reconociendo como "las intrépidas buscadoras del peli-gro", y con ello desborda los límites establecidos de la permisividad. Aquí termina la visita guiada pero no el viaje por los itinerarios de las identidades: el texto ofrece un mapa de recovecos por explorar, entre ellos el mundo de los hombres, el de las lesbianas y el del porvenir.

En síntesis, creo que el libro de Marinella Miano tiene varias virtudes: el registro oportuno de cambios acelerados; que dicho registro se hizo con preguntas que rompen con las convenciones académicas y plantean pistas para seguir indagando; y por último, que la autora encontró el estilo y el tono de la narrativa coherente con lo narrado (arma la trama dialogando con la realidad, pregunta, elabora la respuesta y comunica cómo la fue elaborando).